



Memoria e interpretación del siglo XX (iv)

LOMBARDI, Angel

*Universidad Católica Cecilio Acosta
Maracaibo, Venezuela
rector@unica.edu.ve*

El tiempo existencial no es otra cosa que nuestro tiempo concreto, tiempo que nos es concedido de manera gratuita y absoluta; es nuestra única e intransferible vida que nuestra conciencia y libertad nos permitirán modelar en relación con los demás y dentro de una cultura y un tiempo determinado.

La edad nos ayuda a desarrollar la autoconciencia, siempre incompleta y precaria, pero real. ¿Quiénes somos? Origen, vida, destino, en fin, preguntas siempre presentes y que solamente pueden ser contestadas en plural, en relación a los *otros*, son éstos quienes terminan de configurarnos. Somos un yo y una circunstancia, de acuerdo a la conocida fórmula; pero igualmente somos un *tú*; los seres humanos somos absolutamente seres sociales, y en esta interacción cultural e histórica, aparece y se desarrolla nuestra conciencia histórica. Conciencia de lugar y tiempo, que en mucho trasciende nuestra propia época, porque todos los tiempos transcurridos nos forman y constituyen y de alguna manera, también el futuro; ningún ser humano puede vivir sin expectativa de futuro, cuando esto sucede es la muerte.

A pesar de lo dicho, el único tiempo real es el presente, el tiempo existencial concreto, que nos convierte con los demás en una generación, en una biografía, en una cronología, que interpretamos de diversa manera, pero que algunos hechos, objetivamente marcan y definen.

La historia vista así pareciera tener un sentido y hasta responder a un designio, la filosofía de la historia es inevitable y necesaria. La vida y la historia no se repiten, aunque –según Tucídides–, el ser humano tiende siempre a repetirse a si mismo.

Llegamos a nuestro tiempo con una historia familiar y social determinada: religión, creencias, costumbres; las heredamos, no las escogemos, e inclusive se puede hablar de una memoria inconsciente y de la sangre. Con todo y el avance de la ciencia, todavía hay mucho que aprender de la genética, la herencia y el ambiente. Venimos de alguna manera programados genéticamente, esto es claro y evidente en la predisposición a ciertas enfermedades hereditarias, pero igualmente somos libres para escoger y decidir en muchos casos y las circunstancias y el azar también juegan su papel.

El ser humano se hace y nos hacen, racionales, afectivos y voluntaristas. Vivimos en permanente tensión entre lo que queremos y podemos. Somos lo que fuimos, pero igualmente lo que no fuimos, pero esto ya es entrar en honduras psicológicas y filosóficas que en un ensayo histórico no podemos permitirnos.

Volvamos al siglo XX ya vivido y al siglo XXI, al lapso que nos está reservado, que iremos descubriendo a medida que transcurre, y es que la conciencia histórica se sustenta en lo que fue y va siendo, no otra cosa es la identidad, lo que vamos siendo como individuos y como seres sociales e históricos.

La vida y la historia es un camino y nosotros estamos en él como lo planteó Kerouac, el escritor Beatnik de los años 50, en su libro emblemático *En el Camino* (1954). Primero descubrimos el mundo interior y subjetivo de sueños, expectativas y secretos y después la objetivación de los mismos en unas circunstancias que evidentemente no escogemos.

Largas son las horas (especialmente las tristes) y breve la vida, podía repetir con Fenelón, el General de Gaulle en los meses agónicos, antes de morir en 1970. Y es que si hay una dimensión de la existencia humana, terrible y sublime a la vez, es el *tiempo*. Reflexión fundamental del historiador. *Tiempo y espacio*, limitan y

definen nuestro oficio; el tiempo de la historia tradicionalmente ha sido dividido en lustros, décadas y centurias y así se van acumulando los siglos y milenios que marcan la presencia humana sobre la tierra. Cada época, como diría Hesiodo, tiene su trabajo y su afán, cada siglo prepara al siguiente y éste a su vez, explica y justifica al anterior. Dialéctica del tiempo, la historia es personal y colectiva. En nuestra época grandes y repetidos titulares la identifican.

El terrorismo está en pleno desarrollo, centenares de muertos en Irak, Pakistán e Israel; y ésta última trata de protegerse con otro muro de la ignominia. Estados Unidos, en plena campaña presidencial, sigue jugando el papel del “sheriff” justiciero para disimular su prepotencia imperial. Chiítas y Sunnitas se enfrentan en el mundo Islámico en una confrontación suicida. Chechenia siempre es noticia, igual que ETA y el narcotráfico y la guerrilla colombiana. La realidad del Golpe de Estado sigue siendo el argumento “Constitucional” para cambiar los gobiernos en los países pobres e inestables; acaba de suceder, una vez más en Haití y hace no mucho en Bolivia.

Los países ricos siguen girando casi exclusivamente en torno a sus intereses. El mundo definitivamente no está nada bien, pero así fue siempre para desgracia de la humanidad; la paz, cínicamente era definida como un tiempo entre dos guerras. El siglo XX lo vivió intensamente en la primera mitad del siglo y en la segunda mitad de “paz atómica”; la guerra localizada y generalizada, nos recordaba en todo momento, el culto a la violencia entre los seres humanos.

El mundo en el siglo XX fue agitado en todo momento y en la segunda mitad, nombres imprevisibles como Corea, Vietnam, El Congo, Medio Oriente, Camboya, las guerras Indo/Paquistaní, el conflicto Centroamericano y otras guerras y escaramuzas signaron nuestro tiempo noticioso de habitantes alertas del siglo.

La parte luminosa del siglo, como siempre, fue la cultura, fuertemente presente y creativa en todos los campos, como ya se ha dicho, y para nosotros, los latinoamericanos, la internacionalización de sus artistas y escritores. El Nobel para García Márquez y

Octavio Paz vino a confirmar lo que sabíamos de la importancia de nuestra literatura, reconocida previamente con el Nobel de Miguel Angel Asturias, Gabriela Mistral y Pablo Neruda, y con el boom literario. También fueron nombres y lecturas familiares, Cortázar, Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Sábato, Rulfo y Borges, en especial estos tres últimos, que con Nietzsche, pasaron a ser los escritores por excelencia para nuestro gusto y vocación.

El Muralismo Mexicano estimulaba nuestra autoestima y conciencia de identidad; Diego Rivera es orgullo latinoamericano así como Botero, presente en los principales espacios públicos de París; los venezolanos nos envanecíamos al ver las obras cinéticas de Jesús Soto en el Centro George Pompidou y en la sede de la UNESCO en París.

América Latina, en el siglo XX, entró a formar parte con todo derecho, de la historia de nuestro tiempo, si tomamos en cuenta su ingreso temprano en el siglo XIX, con el proceso emancipador, interrumpido por luchas fratricidas y atraso generalizado. Decimos esto porque 1492 no nos pertenece, históricamente hablando, sino indirectamente.

El siglo XXI para América Latina es una real posibilidad de convertirnos en sujeto pleno y protagónico de la historia, si logra la clave de la integración y el desarrollo y la fórmula de la paz y la convivencia.

A nuestra manera creímos en la utopía de un mundo mejor y perfectible y estuvimos dispuestos a construirlo, no sin cierta ingenuidad e inocencia. La palabra *revolución* tenía una connotación romántica e idealista más allá de las ideologías.

Creímos en el mito original leninista/trotskyista, la palabra *bolchevique* no tenía una connotación negativa por lo menos hasta Stalin. Creíamos en la Revolución Mexicana, especialmente en el Zapata libertario.

Creímos en el joven rebelde cinematográfico, encarnado por James Dean y Marlon Brando. Todas las mujeres eran hermosas de acuerdo al olimpo proclamado por el cine en donde el bien siempre vencía al mal. Nos entusiasmó Mao y la Revolución Cultural, tanto

como nos había entusiasmado Fidel, el Che y la Revolución Cubana. Kennedy y la leyenda de Camelot fue asumida entera y Juan XXIII y el Concilio Vaticano II nos llenó de esperanza. Hasta la Revolución Latinoamericana era posible y estaba al alcance de la mano, a pesar del martirio del Che y de Camilo Torres.

La teología de la liberación fue la síntesis necesaria de religión y política, y otra vez, la lectura afiebrada de Gustavo Gutiérrez, Leonardo Boff, Ernesto Cardenal, y el conocimiento personal de Helder Cámara nos conmovió profundamente. El cristianismo también era revolucionario y estaba a favor de los pobres y la justicia social.

Vivimos y asumimos la política como servicio y compromiso. Creímos a fe ciega en la democracia y en la justicia social, todo se explicaba con la teoría de la dualidad y la dependencia y el desarrollo era un concepto real que todos los días se hacía presente en indicadores económicos y sociales inobjectables.

El mundo lucía difícil y problemático, pero manejable; y sabíamos que se podría transformar y mejorar. ¿Cuántas veces repetimos a Rimbaud y a Marx sobre cambiar la vida, cambiar el mundo? La utopía era concreta, el compromiso y la militancia política nos conducirían, sino a la revolución a las reformas necesarias porque sabíamos que la democracia era perfectible y el desarrollo, por consiguiente, por etapas; iríamos avanzando y saliendo del atraso y nadie quedaría fuera.

América Latina, África, Asia, el mundo se globalizaba y se desarrollaba; los signos de los tiempos eran inequívocos y las Ciencias Sociales y Humanas así lo indicaban.

La mujer se emancipaba y liberaba, igual que el trabajador, los negros, los indígenas y todas las minorías discriminadas. En el mundo cabíamos todo, y por eso admirábamos también a los países más avanzados aunque políticamente desconfiábamos de ellos.

París y Nueva York eran las ciudades emblemáticas del nuevo tiempo; más que centros de poder, las veíamos como centro de cultura y libertad. En fin, teníamos derecho al futuro y éste debía y podía ser construido. Creíamos en el valor de la ley y en la teoría

política democrática. Sabíamos que la educación lo podía todo y podíamos reformar y mejorar las instituciones, en nuestro caso fue el empeño militante con la institución universitaria, transformada desde adentro y potenciada para cumplir con su papel transformador en la sociedad.

Al final del siglo, sin haber abandonado estas creencias, sabíamos que la cosa no era tan sencilla y fácil, el mundo no es tan inocente y la historia, es profundamente dramática. No sé si es cansancio psicológico y biológico o lucidez, lo cierto es que hoy, el optimismo trágico, ha cobrado fuerza, de cara a la historia y sus posibilidades, y no sé si es cinismo o escepticismo, aferrarse a la fórmula de Gramsci con respecto al futuro: optimismo de la voluntad y pesimismo de la inteligencia, es decir, la utopía es irrenunciable y la utopía concreta, posible, pero no están a la vuelta de la esquina; el corto plazo no luce bien y no queremos perder la fe en el largo plazo.

Libertad y responsabilidad son las palabras fundamentales de la modernidad. Como quería Kant, hay que atreverse a ser adulto y pensar; pero igualmente es necesario no perder la capacidad de creer y fundamentalmente vivir de acuerdo a valores, que nos acerquen a nuestros semejantes fraternalmente, asumir el humanismo como una conquista permanente de la humanidad, en su sentido más profundo, no tanto como el hombre medida de todas las cosas, sino en el sentido de morar cada vez más cerca de Dios. “Ninguna fórmula era lo bastante completa para contenerlo todo” (*Memorias de Adriano* de M. Yourcenar). Toda explicación es incompleta y toda comprensión es subjetiva.

Era un dogma para los historiadores, la necesaria distancia entre los hechos y su interpretación, con la sola excepción de las crónicas, que por serlo podían ser contemporáneas con los hechos narrados. La pretendida “objetividad” del historiador exigía distancia y perspectiva y de hecho los propios documentos guardados en archivos solo eran accesibles transcurrido un tiempo prudencial, de allí que ningún historiador “serio” se ocupaba de su presente; su ciencia lo obligaba a ocuparse del pasado y éste, mientras más lejano, mejor.

Con el tiempo se descubrió la “trampa” del historiador y la mediatización historiográfica inevitable, y es que el historiador aunque se refiera al pasado, lo hacía inevitablemente desde el presente, con toda la carga, subjetiva, cultural e ideológica del caso, de allí que a la definición de la historia como la ciencia del pasado hubo que agregar necesariamente el concepto de que la historia siempre es contemporánea y que si bien los hechos son inmodificables, la interpretación de los mismos cambia constantemente y de hecho así ocurre y la historia es reescrita de manera permanente y, por consiguiente, el sentido de la misma cambia de acuerdo a los variables intereses del presente. Esta es la trampa historiográfica y por ello los textos oficiales y los programas escolares de historia no pasan de ser sino simple ideología, es decir *no ciencia*. De allí que es mucho más honesto, intelectualmente hablando y evidentemente más riesgoso, ocuparse, además del pasado, de la propia contemporaneidad, del propio presente, aunque tengamos que competir con periodistas y sociólogos, en la comprensión y estudio de los hechos y acontecimientos, en pleno desarrollo.

Cuando hablamos de presente lo hacemos en su sentido dinámico, es decir de contemporaneidad, como ya lo hemos establecido y en donde un siglo, es el corte cronológico habitual.

Los antiguos griegos descubrieron el concepto de “antigüedades” y con ello se referían al pasado más lejano y al más cercano y cuyos límites tendían a confundirse. Solamente en el siglo XIX se estableció el criterio historiográfico de distinguir una antigüedad ubicada fundamentalmente en la época griega y romana, una edad media, entre el siglo V y el XV y una edad moderna que se ubicaba en los últimos 500 años y que terminó por confundirse con la contemporaneidad, ubicada a partir de 1789, con la Revolución Francesa, a 1750 con la Revolución Industrial, o 1917 con la Revolución Rusa, cambiando permanentemente fechas y períodos, de acuerdo al criterio empleado y privilegiando la historia de Europa Occidental.

El largo período anterior a la escritura, se ubicó cómodamente en la llamada prehistoria y las últimas décadas del siglo XX, pusieron de moda el concepto de post-modernidad.

Toda cronología es imperfecta e incompleta, pero la cronología es consubstancial a la narración e interpretación histórica, ya que la historia, por definición es una *cronotopía*, es decir, un tiempo y un lugar, casi pudiéramos llegar a decir que la historia es como una *física* de los hechos humanos y la filosofía de la historia, una *metafísica* de los mismos. Lo cierto es que hoy en día, ya es aceptado académicamente el concepto de historia –presente y de hecho en el mundo académico, desde la década del 70, se vienen desarrollando centros, institutos y cátedras orientados a “escribir la historia en tiempo presente”, como por ejemplo en la Universidad de París, que desde 1978, cuenta con un importante centro dedicado a la historia del presente.

Esta historiografía es cada vez más abundante y variada, ya que los temas se amplían y multiplican permanentemente; de hecho podemos hablar de la historia como totalidad, ya que no solamente cada país, región o localidad son objeto de estudio, sino que además de los aspectos tradicionales como política, economía, sociedad y cultura, se han incorporados otros temas y asuntos, de manera que prácticamente nada de la vida social le es indiferente al historiador, desde lo tecnológico a la cotidianidad; desde el cine hasta la moda, de allí que el historiador tuvo que acercarse a todas las llamadas ciencias sociales y servirse de ellas. Los límites académicos entre las diversas disciplinas son cada vez más difusos e imprecisos.

Historia y Cultura ; Historia y Sociología; Historia y Economía; Historia y Politología; Historia y Antropología; son alianzas inevitables y necesarias, como la que existe con la Estadística y con la Geografía, pero hoy en una dimensión cada vez más especializada como la Demografía y la Ecología. Nada escapa al interés del historiador, ni los aspectos psicológicos de la conducta humana y de hecho, cualquier otro aspecto que tenga que ver con la vida individual y social, como por ejemplo, el cine, que en si mis-

mo se ha convertido en un discurso historiográfico que hay que aprender a leer y a interpretar.

En la historiografía del tiempo presente, están los grandes temas, pero igualmente los temas silenciados y los temas tabú. Inclusive se ha intentado establecer un diálogo entre los historiadores de otras épocas y la historia contemporánea. De la historiografía de la antigüedad nos hemos beneficiado con el concepto de crisis, auge y decadencia de los imperios y en general del conocimiento de la política y de los hombres de poder sobre los que tan abundantemente nos enseña la historia antigua. De la historiografía del medioevo hemos podido aprender los muchos miedos compartidos; el fanatismo que hoy llamamos fundamentalismo y el papel de las creencias y religiones en la historia de los seres humanos de cualquier época.

El diálogo entre el presente y el pasado siempre es útil; inclusive hoy trasladado al futuro, un futuro, cada vez más cercano y acelerado, que exige prospección y decisiones adecuadas en el presente.

Los grandes temas del tiempo presente son conocidos y los compartimos todo el planeta. Las guerras mundiales, las grandes crisis económicas, las ideologías como el nazi-fascismo y el comunismo con pretensiones de dominio mundial, el imperialismo de nuevo cuño; la geo-política de las relaciones internacionales; la globalización; el impacto tecnológico; los problemas ambientales; el problema de la paz y los derechos humanos; la descolonización y el desarrollo; el nuevo mundo urbano; la cultura de masas, en fin; son temas que a todos nos incumben, pero igualmente cada país trata de identificar su propio proceso de contemporaneidad; cada grupo social y étnico; cada religión y cada cultura y después están los temas tabú, ocultados o escamoteados; la producción y venta de armas; las drogas y el narcotráfico; el mundo oculto del sexo y la pornografía; las mafias; todos temas de una gran importancia económica y social, pero evadidos por la “buena sociedad” y los llamados países avanzados o desarrollados que se benefician de los “negocios” relacionados con los temas o problemas mencionados.